

de tales principios, quería la oposición que se redujera todo á presentar un mensaje al regente para que ejercitara de plano, pues la autoridad real era una, indivisible, y no debía sufrir aminoración en ningún caso, si se trataba de conservar intacto el equilibrio de los poderes. Al revés el ministerio sostenía que se necesitaba un bill, supliéndose la sanción real con una orden del parlamento en que se prescribiera á los depositarios del sello real que dicho bill fuera sancionado por ellos; que debiendo ser temporal la autoridad del regente (así se esperaba á lo menos), no podía ser entera como si fuera definitiva; que sería inconveniente darle facultad para invertir el orden de cosas, de modo que si el rey se restablecía, hallara tan cambiada la marcha del gobierno que no pudiera volver á seguir la política de su reinado. Esta argumentación era sofística hasta lo sumo, y demostraba que el interés extraviaba al ministerio en su lógica, al modo que el interés había ilustrado á la oposición en la suya. Pero hecha la ley naturalmente por la mayoría, se confirió por un bill la regencia al príncipe de Gales, y confirióse incompleta, pues fué con prohibición de nombrar pares, de ocuparse en custodia del rey, de elegir los oficiales de su casa. Con todo, no se le había podido privar del nombramiento de los ministros, y se esperaba que para formar el gabinete llamara á lord Holland, á lord Grey, á lord Grenville, deudos ó antiguos colegas de Mr. Fox; pero aunque el regente no estimara á los ministros actuales, y en particular á Mr. Perceval, temía operar á la sazón un cambio de harta monta llamando á sus amigos de la oposición, y cargar con una responsabilidad demasiado grande pasando al sistema de la paz desde el de la guerra. Antes de resolverse quería saber si la enfermedad del rey sería bastante larga para que valiese la pena de introducir una modificación notable en la política del Estado, con cuyo fin consultó á los médicos y expuso á los lores Holland, Grey y Grenville sus dudas.

Esta crisis en los negocios interiores de Inglaterra tenía lugar por diciembre de 1810, época en la cual el mariscal Massena y lord Wellington se hallaban frente uno de otro delante de las líneas de Torres-Vedras. Comunmente la esperanza redobla el ardimiento y la actividad de los partidos. Conociendo la oposición inglesa que de un triunfo ó medio triunfo en el parlamento dependería la conducta del príncipe regente, multiplicaba sus ataques al gabinete, y fuerza es reconocer que los sucesos daban un verdadero valor á sus censuras, que vinieran á ser verdaderas del todo si Francia hubiera procedido de la manera que debía.

Fuera de las incesantes inquietudes que excitaba la guerra y de las enormes cargas que traía consigo, la oposición tenía que hacer valer los inmensos daños de una crisis comercial de las más graves y más extrañas, á que daban origen las providencias de Napoleón unidas á ciertas circunstancias. Habiéndose negado á reconocer la autoridad de José las colonias españolas, y aprovechando la coyuntura para declararse independientes, habían franqueado al comercio británico sus puertos. Sabedores los fabricantes ingleses de esta nueva, y obrando con la ceguedad de la codicia, que no es menos grande que la de la ambición, manufacturaron mucho más de lo que todas las Américas hubieran podido consumir y pagar sobre todo. Masas inmensas

de mercancías enviaron á las colonias españolas, y parte retornó sin que pudiera ser vendida: toda la parte que halló compradores fué pagada en géneros coloniales, que vinieron á aumentar el entorpecimiento del mercado. Mientras acontecían en América estas cosas, los seiscientos ó setecientos buques partidos del Támesis al Báltico con una porción de surtido, hubieron de tornar, como se ha visto, á Inglaterra en su mayor parte, y de resultas fué extremado el envilecimiento de los géneros coloniales. Además habiéndose concedido la facultad de depositar en Londres sus mercancías á los colonos españoles y portugueses, y aun á los colonos franceses, cuyas posesiones habían sido invadidas, aumentóse la masa de los géneros exóticos no vendidos hasta el punto de que muchos cargamentos de azúcar, café, algodón, tabaco, madera, añil, no valían ya los gastos del almacenaje. Careciendo de precio el papel emitido sobre estos valores y protestándose las más veces, el Banco, que lo tenía en su cartera, se hallaba en los más serios apuros. Una nueva baja habían experimentado los billetes de banco, y el cambio inglés, ya muy á menos, había descendido de 16 y 17 por 100 á más de 20, de modo que Inglaterra, obligada este año á pagar en el extranjero muchos centenares de millones para el sostenimiento de su ejército y su marina, ignoraba cómo componerse á fin de realizar estos pagos. Se acababa de votar un socorro de cinco ó seis millones de libras esterlinas para el comercio y la industria, débil alivio en situación tan angustiosa. Unos la achacaban á la imprudencia de los fabricantes, otros al Banco, y casi todos al gobierno que, por su obstinación en proseguir la guerra, y sobre todo por sus órdenes del consejo, era autor de los males que se deploraban entonces.

Ya se comprende todo lo que una oposición, próxima á conquistar el mando y sincera además en sus censuras, hallaba que decir en semejantes circunstancias. «Véase, exclamaban los lores Grey, Holland, Grenville y los diputados de la cámara de los Comunes Tierney, Burdet, Brougham, Huskinson, véase adónde nos ha traído una guerra continuada más allá de toda razón. Por haber querido humillar á la Francia, se la ha empujado de grandeza en grandeza á la dominación de la Europa, se la ha hecho soberana de parte de Alemania, de Italia de España, recientemente de Holanda, y si así se sigue: ¿quién sabe dónde parará la extensión de su poderío? Percibimos (añadían estos oradores) 37 millones de libras esterlinas de impuestos (925 millones de francos) y gastamos 56 (1.400 millones), lo cual exige 19 de empréstito al año (475 millones de francos). Imposible es pedir al crédito cada año esta suma sin arruinarse, y á la par no se pueden aumentar las contribuciones indirectas, habiendo llegado á su límite la de consumos, ni tampoco las directas, estando ya el *income tax* enormemente recargado. Pronto la masa de papel moneda, de continuo aumentada, hará imposibles las transacciones mercantiles dentro, é impracticables fuera los servicios de la guerra y de la marina. Menester es, de consiguiente, poner término á esta guerra ruinosa con una paz decorosa, fácil de concluir si se quiere.

»Las victorias de que se hace gala son el más peligroso de todos los cebos, pues aunque el ejército británico se haya portado admirablemente, se encuentra en

una situación alarmante para los buenos ciudadanos. Mientras se conceden á su caudillo títulos y posesiones, que merece sin duda, ha dejado que á su vista sean tomadas dos fortalezas importantes, Ciudad Rodrigo y Almeida: verdad es que ha repelido á los franceses en Busaco, mas para perder al día siguiente á Coímbra y el Portugal todo. Relegado ahora á una lengua de tierra, donde no vive más que del pan que le llega por mar, expuesto á un ataque de los franceses, que andarían desaconsejados si no juntaran todas sus fuerzas para abrumarle, no existe sino de milagro y á cada instante puede experimentar un desastre. ¿Qué sería de Inglaterra si este ejército, nuestra única esperanza contra la invasión, llegara á sucumbir ó á firmar una capitulación que le constituyese prisionero de guerra? ¿Cuáles son las ventajas políticas, cuáles las conquistas territoriales que pueden contrapesar tales peligros?..» Así se expresaba la oposición todos los días, y hay que decir que si los ingleses, acostumbrados entonces á impuestos muy gravosos, á un papel moneda desacreditado, á empréstitos anuales, se resignaban á estos daños en consideración del desarrollo inaudito de su comercio, se estremecían al pensar en la situación de su huésped, les hacía temblar la idea de verla expuesta á los golpes de Napoleón y del todo simpatizaban con la oposición bajo este aspecto. Por consiguiente, el día menos pensado podía un voto imprevisto obligar al príncipe regente á mudar de gabinete y á substituir la política de la paz á la política de la guerra.

Recibiendo el ministerio el rechazo de todos estos temores, de todas estas agitaciones, no cesaba de escribir á Lisboa los despachos más mortificantes para lord Wellington. Su mismo hermano, el marqués de Wellesley, tocado de la inquietud general, llegaba hasta á temer que su hermano, por obstinación de carácter, por ambición quizá, cometiera alguna imprudencia y comprometiera el ejército por permanecer demasiado tiempo en el continente. Llena estaba la correspondencia ministerial con el caudillo inglés de estas aprensiones y llena también de lamentaciones sobre los gastos excesivos de la guerra, gastos que, prescindiendo del subsidio otorgado al gobierno portugués, no eran menores de 250 millones de francos al año, de los cuales 75 ú 80 consumía la flota de transporte. Se le preguntaba si no le sería posible imitar el ejemplo de los generales franceses, que vivían sobre el país donde hacían la guerra, y que si no podría ya pronto pasarse sin aquella inmensa escuadra de transporte, siempre á la vela y que costaba tan cara: se le suplicaba que no se obstinara sin motivo y que se retirara más bien que exponer en la península á un grave peligro á aquel ejército británico, tenido entonces por escudo de Inglaterra contra una invasión, que ya se temía menos sin duda, pero cuyo antiguo material de Boloña, aunque medio podrido, era un fantasma inquietador siempre.

Estos despachos inspiraban al caudillo del ejército de Portugal un despecho que no se atrevía á revelar del todo, porque aún no había adquirido bastante ascendiente para permitirse las libertades de lenguaje á que se dió luego: alguna parte descubría con todo, diciendo que era muy penoso para él que, á pesar de su larga experiencia de aquella guerra, á pesar de llevar pasados dos años en la península enfrente de los fran-

ceses, no inspirara ya confianza y no viniera de Inglaterra un correo, un oficial ni un curioso que no le transmitiera la expresión de aquellas dudas humillantes; que si permanecía en el territorio de Portugal era por creer que lo podía ejecutar sin peligro, á lo menos según todos los cálculos de la prudencia humana; que cuando fuera real el peligro no titubearía en retirarse antes que comprometer el ejército británico y su propia gloria; que si á pesar de esta confianza deseaba conservar la flota de transporte, aun siendo tan costosa, consistía en parecerle temeridad demasiada juzgar como cierto lo que no era más que probable y privarse de todo medio de transporte cual si no corriera ningún riesgo de que se le expulsara de la península; que creía entrever que Napoleón no enviaría ya muchas más fuerzas á España que las enviadas hasta entonces, bien que podían llegar al fin las divisiones de Essling, de que se hablaba tanto, y que el ejército de Andalucía podía destacar una fuerza considerable sobre Lisboa; que si por ejemplo iban quince mil franceses á las órdenes del general Drouet desde Salamanca y veinticinco mil de Cádiz y de Badajoz á las órdenes del mariscal Mortier, se hallaría en breve con noventa mil hombres á quienes combatir en las dos márgenes del Tajo, cuyos noventa mil hombres á la primera orden del mariscal Massena se lanzarían como furias sobre las líneas de Torres-Vedras; que no habiéndolos visto, no se podía formar idea de lo que eran capaces y que sería grande temeridad asegurar que no se apoderaran al cabo del primer recinto; pero que aun en este caso le quedarían el segundo y el tercero, y que gracias á la triple línea de sus trincheras tendría tiempo de embarcarse; que la reunión de la escuadra y de las trincheras era la que hacía que su seguridad fuera tan grande y despojaba á su conducta del carácter de imprudencia que de buen grado se le achacaba tan á menudo; que en cuanto á los gastos no estaba á su alcance el disminuirlos; que alimentar la guerra con la guerra, cosa tan fácil con los franceses, era un delirio pretenderlo con los ingleses; que el ejército francés no era un hacinamiento de hombres tomados de lo peor de su país y domados por una disciplina de hierro, sino sacados por la ley de la masa de la nación, mezclados buenos y malos en junto y siendo muchos más los buenos; que así iban á buscar víveres á veinte ó treinta leguas y después tornaban puntualmente á sus banderas sin que faltara casi un solo hombre; que si se imaginaba poder hacer con los ingleses lo que el mariscal Massena hacía con los franceses, se caía en muy grande engaño; que después de conceder á los soldados ingleses para vivir algunos días de merodeo, ni un solo hombre retornaría á sus banderas; que además convenía reflexionar sobre si el libre país de Inglaterra sufriría que se tratara la vida de soldados mercenarios como Napoleón trataba la de soldados ciudadanos, llamados por la ley y de los cuales perecía una mitad de miseria todos los años, sin que los periódicos de París dijese á la nación cosa alguna; que no podía tener soldados sino alimentándolos, pagándolos, manteniéndolos bajo banderas puntualmente; que si abandonaba la península, daría la señal de la sumisión general á España y quizá á Europa, y el gasto que no se quería soportar para sostener la guerra junto á Lisboa, habría que hacerlo para sustentarla entre Douvres y



Londres; que en Lisboa defendía de invasión á Inglaterra más seguramente que entre Londres y Douvres; y que, finalmente, no había más remedio que el de que Inglaterra aguantara el gasto y la zozobra cuando él y su ejército aguantaban cosas mucho peores, como formidables combates y padecimientos horribles.

Tales eran las dificultades que encontraba este hábil y firme caudillo por parte de un país libre, donde la idea de la guerra y la de la paz contrapuestas de continuo una á otra, con casi igual fuerza de razones, producían inevitables angustias en un ministerio que ya no tenía jefe. Al parecer, no teniendo que ver el ilustre adversario de lord Wellington, el mariscal Massena, mas que con un hombre de genio, con Napoleón, el cual no tenía que sostener lucha más que contra sí mismo y desgraciadamente sostenía muy poca, hubiera debido encontrar toda especie de auxilios para la solución de una cuestión militar de que dependía la suerte del mundo. Con efecto, para Napoleón, instruido de lo que pasaba en Londres y en Lisboa, este era el caso de desplegar los vastos recursos de su genio administrativo, á fin de realizar todos los temores de lord Wellington y todos los deseos de su lugarteniente Massena. Ya se juzgará de lo que hizo, por la relación contenida en el libro que sigue.

Despachado el general Foy de Santarem para esforzar en París las instancias de su general en jefe y responder de viva voz á todas las preguntas del emperador, ejecutó la travesía más peligrosa al par que la más feliz que se pudiera imaginar por España. Se le dieron cuatrocientos buenos andarines y buenos tiradores, elegidos de diferentes regimientos; señalándole como camino más seguro el valle de Zezere, que pasa al Sur de la Estrella y va por Sobreira-Formosa, Sarceda y Belmonte á Ciudad Rodrigo. Desde los puestos de donde debía emprender la marcha, dirigió el general Loissón un gran reconocimiento sobre Abrantes para asustar á la guarnición é impedirle que detuviera el destacamento del general Foy á la primera jornada. Espantada la guarnición de Abrantes, creyó que fuese la vanguardia del ejército francés aquella escasa tropa viajera, y cerrándose dentro de sus muros, dejóla el paso libre. Apresuróse el general Foy á proseguir su marcha por entre un cuerpo de españoles, situado en Villa-Vella á orillas del Tajo, y los corredores de Trent y de Silveira

que andaban por los alrededores. No tropezó más que con una banda de doscientos hombres del levantamiento en masa portugués, llamada la Ordenanza; rompió por medio de ella sin más pérdida que la de algunos heridos ó rezagados, y al cabo de seis ó siete días de azares y de peligros de todas clases llegó sano y salvo á Ciudad Rodrigo.

Allí encontró al general Gardanne, á quien el mariscal Massena había dejado á la espalda para que limpiara los caminos, reuniera los hombres salidos de los hospitales, protegiera la llegada de los convoyes, y que asaltado de todos lados por las guerrillas no había podido cumplir más que la menor parte de su encargo. Casi había consumido este general tantos víveres como se hallaban almacenados en las plazas fronterizas de Almeida y Ciudad Rodrigo y apenas había juntado dos mil hombres de los seis mil que se esperaba sacar de los hospitales. Foy transmitió á Gardanne la orden de partir inmediatamente por el camino que él había traído, dejóle por guía á uno de los oficiales que acababa de hacer esta marcha y le prescribió además que con la correspondiente escolta fueran hombres prontos á recoger todas las municiones que pudieran llevar consigo.

De seguida el general Foy atravesó Castilla la Vieja, desolada por los guerrilleros cuya audacia se aumentaba de día en día; halló á los españoles llenos de confianza y los franceses de desaliento al ver cómo se prolongaba la guerra, á pesar de los numerosos refuerzos enviados este año, y al ver la expedición á Andalucía reducirse á la toma de Sevilla y la expedición á Portugal á una marcha hasta el Tajo. También encontró al general Drouet, que aún no había podido juntar más que una de sus divisiones en Burgos y esperaba la segunda, y por último al general Dorsenne, sumamente atareado en proteger el camino de Burgos á Valladolid con quince á diez y ocho mil hombres de la guardia. A todos comunicó noticias del ejército de Portugal, del cual no se sabía nada más que lo que decían los españoles con su jactancia de costumbre; estrechó al general Drouet á encaminarse á Coímbra y Thomar, y dirigióse á París, gastando cerca de veinte días en trasladarse de las orillas del Tajo á las del Sena. Allí arribó hacia los últimos del mes de noviembre y fué presentado al emperador sin demora.

## LIBRO CUADRAGÉSIMO

### FUENTES DE OÑORO

Disposición de ánimo de Napoleón en el momento de la llegada del general Foy á París. — Acogida que le hace y largas explicaciones con él. — Necesidad de un nuevo envío de sesenta ú ochenta mil hombres á España, é imposibilidad actual de disponer de semejante socorro. — Causas recientes de esta imposibilidad. — Últimas usurpaciones de Napoleón en el litoral del mar del Norte. — Incorporación de las ciudades anseáticas, de parte del Hannover y del gran ducado de Oldemburgo al imperio. — Descontento del emperador Alejandro al saber la desposesión de su tío el gran duque de Oldemburgo. — En vez de guardar contemplaciones al emperador Alejandro, insiste Napoleón de una manera amenazadora en hacerle adoptar sus nuevos reglamentos sobre comercio. — Resistencia del zar y sus explicaciones con Mr. de Caulaincourt. — No desea el emperador Alejandro la guerra, más la aguarda, y dispone que se hagan algunas obras defensivas junto al Dwina y al Dnieper. — Informado Napoleón de lo que pasa en San Petersburgo se apresura á armarse, mientras empeñada Rusia en Oriente no puede responder á sus armamentos con hostilidades inmediatas. — Primera idea de una grande guerra en el Norte. — Inmensos preparativos de Napoleón. — No queriendo distraer ninguna parte de sus fuerzas para enviarlas á la península, se limita á mandar á los generales Dorsenne y Drouet y al mariscal Soult que presten ayuda á Massena. — Ilusiones de Napoleón sobre la eficacia de este socorro. — Vuelta del general Foy al ejército de Portugal. — Larga mansión de este ejército junto al Tajo. — Su industria y su sobriedad. — Excelente espíritu de los soldados y desánimo de los jefes. — Actitud firme de Massena. — Partiendo el general Gardanne de la frontera de Castilla al frente de un cuerpo de tropas con el fin de llevar despachos al ejército de Portugal, llega casi á sus avanzadas, y sin comunicarse con él desanda camino. — El general Drouet, cuyas dos divisiones forman un noveno cuerpo, atraviesa la provincia de Beira con la división de Conroux y llega á Leiria. — Alegría del ejército á la aparición del noveno cuerpo. — Su abatimiento cuando sabe que el socorro que le lleva se reduce á siete mil hombres. — Llegada del general Foy y comunicación de las instrucciones que trae. — Junta de los generales en el Gólgao para conferenciar sobre la ejecución de ellas y resolución de permanecer junto al Tajo, procurando cruzar este río para vivir con los recursos del Alentejo. — Divergencia de pareceres sobre los medios de pasar el Tajo. — Admirables esfuerzos del general Eblé á fin de crear un tren de puente. — Para ejecutar el paso del río se resuelve esperar á que el ejército de Andalucía llegue á dar la mano al ejército de Portugal por la orilla izquierda. — Sucesos ocurridos en el resto de España durante la mansión junto al Tajo. — Continuación de los medios efectuados por el general Suchet en Aragón y Cataluña. — Embestida á Tortosa á fin de 1810 y toma de esta plaza en enero de 1811. — Preparativos para el sitio de Tarragona. — Sucesos en Andalucía. — Desparramamiento del ejército de Andalucía entre las provincias de Granada, Andalucía y Extremadura. — Embarazo del cuarto cuerpo, obligado á dividir su atención entre los *insurgentes* de Murcia y los de la serranía de Ronda. — Esfuerzos del primer cuerpo con el fin de empezar el sitio de Cádiz. — Dificultades y aprestos para este sitio. — Operaciones del quinto cuerpo en Extremadura. — No creyendo el mariscal Soult poder llevar su tarea á remate con las tropas que manda, pide un socorro de veinticinco mil hombres. — A este tiempo recibe la orden de ayudar á Massena y se niega absolutamente á ponerla en planta. — Empeña el sitio de Badajoz en vez de marchar sobre el Tajo. — Batalla del Gévora. — Destrucción de las tropas españolas que van en socorro de Badajoz. — Lentitud con que se vuelven á ejecutar los trabajos del sitio. — Escaseces del ejército de Portugal mientras asedia á Badajoz el ejército de Andalucía. — Extremada miseria del cuerpo de Reynier y necesidad indispensable de apelar á la retirada. — No pudiendo ya pasar por otro punto, se decide Massena á un movimiento retrógrado sobre el Mondego para establecerse en Coímbra. — Retirada empezada el 4 de marzo de 1811. — Brillante marcha del ejército y persecución por parte de los ingleses. — Llegada Massena á Pombal determina hacer allí dos días de alto para dar tiempo á que desfilen sus enfermos, sus heridos y sus bagajes. — Funesto altercado con el general Drouet. — Temores del mariscal Ney por su cuerpo de ejército y sus disputas con Massena sobre este asunto. — Su retirada sobre Redinha. — Brillante combate de Redinha. — Evacúa Ney precipitadamente á Condeixa, lo cual obliga al ejército entero á trasladarse al camino de Ponte-Murcelha y á renunciar á su establecimiento en Coímbra. — Marchas y contramarchas durante la jornada de Casal Novo. — Choque de Fez de Arunza. — Retirada sobre la sierra de Murcelha. — Un falso movimiento del general Reynier obliga al ejército á entrar definitivamente en Castilla la Vieja. — Espectáculo que presenta el ejército en el instante de su vuelta á España. — Obstinción de Massena por volver á empezar las operaciones ofensivas al punto y su resolución de tornar por Alcántara al Tajo. — Niégase el mariscal Ney á obedecerle. — Acto de autoridad del general en jefe y destino del mariscal Ney á espaldas de las tropas. — Dificultades que estorban á Massena la ejecución de su proyecto de marchar sobre el Tajo y le obligan á diseminar su ejército por Castilla la Vieja para proporcionarle algún descanso. — Horrosa desnudez de este ejército. — Vanas promesas del mariscal Bessieres como general en jefe de las provincias del Norte. — Ventajosa situación de lord Wellington después de la retirada de los franceses y triunfo del partido de la guerra en el parlamento británico. — Lord Wellington deja una parte de su ejército delante de Almeida y envía la otra á Badajoz para hacer levantar el sitio. — Tardía llegada de este socorro y toma de Badajoz por el mariscal Soult. — Dueño ya de la plaza trasladase á Cádiz para apoyar al mariscal Víctor. — Buen combate dado por éste á los ingleses en Barosa. — Desembarazadas de los enemigos que las amenazaban encuentra Soult las líneas de Cádiz, mas en breve le llama á Badajoz la aparición de los ingleses. — A su vez pide socorro al ejército de Portugal á quien no había él socorrido. — Embisten los ingleses á Badajoz. — Esta desgraciada ciudad, sitiada y tomada por los franceses, es sitiada de nuevo por los ingleses. — Proyecto formado por Massena entretanto. — Aunque muy mal ayudado por el ejército de Andalucía, piensa en prestarle un gran servicio, yendo á arrojarle sobre los ingleses que bloquean á Almeida. — Retardado este proyecto por lentitudes del mariscal Bessieres, debiéndose haber empezado á ejecutar el 24 de abril, no tiene principio hasta el 2 de mayo. — A consecuencia de este retraso logra lord Wellington el tiempo bastante para volver de Extremadura y ponerse á la cabeza de sus tropas. — Batalla de Fuentes de Oñoro dada los días 3 y 5 de mayo. — Grande energía de Massena en esta memorable batalla. — Manda quemar á Almeida, no pudiendo librarla del bloqueo. — Heroica evasión de la guarnición de la plaza. — Massena vuelve á entrar en Castilla la Vieja. — Acudiendo el mariscal Soult á Extremadura para socorrer á Badajoz, empeña la batalla de la Albuera y no consigue alejar de allí á los ingleses. — Grandes pérdidas por ambas partes y continuación del asedio de Badajoz. — Excelente defensa de la guarnición. — Situación difícil de los franceses en España. — Resumen de sus operaciones durante 1810 y 1811, y causas de que fracasaran sus esfuerzos en estas dos campañas que debían decidir sobre la suerte de España y de Europa. — Faltas de Napoleón y de sus lugartenientes. — Injusta desgracia de Massena.